
USOS IDEOLÓGICOS DE LA LETRA “K” EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA: SOBRE EL CAMBIANTE SIGNIFICADO DE UN SÍMBOLO¹

Juan Francisco FUENTES
Universidad Complutense de Madrid (España)
jffuentes@ccinf.ucm.es

Resumen: Este artículo recorre un siglo de historia de España, entre principios del siglo XX y del XXI, a partir de la trayectoria seguida por la letra k como símbolo de los debates políticos y sociales que se han desarrollado a lo largo de ese periodo. De representar los valores asociados a la Alemania imperialista y militarista, la letra k pasó a simbolizar a partir de los años sesenta ideologías y prácticas sociales contestatarias o subversivas, vinculadas principalmente al nacionalismo vasco, al anarquismo y al movimiento okupa.

Palabras clave: Historia conceptual; okupa; nacionalismo vasco; anarquismo

Abstract: *The article reviews a century of Spanish history, between the early 20th and the early 21st centuries, via the trajectory followed by the letter k as a symbol of the political and social debates that developed throughout this period. After representing the values related to militarist and imperialist Germany, in the 1960s it began to symbolise rebellious or subversive ideologies and social practices mainly linked to Basque nationalism, anarchism and the squatting movement.*

Keywords: *Conceptual history; squatting; Basque nationalism; anarchism*

“¡Ay de ti, ciudad de las siete colinas [...] cuando la letra K sea alabada en tus muros! Cerca estará entonces tu caída; tus jefes y tiranos serán destruidos. Irritaste al Altísimo con tus crímenes y blasfemias, y perecerás derrotada en la sangre”.

Profecía de San Anselmo, Obispo, publicada por *Luz Católica. Semanario crítico de ciencia, religión y españolismo*, 31 de enero de 1901

“Todo es símbolo, supongo.”

Julio Cortázar: *Todos los fuegos, el fuego*

1. Puro símbolo

¹ Este artículo forma parte del proyecto de investigación *Diccionario de símbolos políticos y sociales: Claves iconográficas, lugares de memoria e hitos simbólicos en el imaginario español del siglo XX*, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad [HAR2016-77416].

La supuesta fealdad de la letra k y su escaso uso en español, reducido por lo general a palabras procedentes de otras lenguas, la han hecho sumamente impopular entre los más puristas. Ya en el siglo XVII fue calificada de “trasto viejo”, “maldito vestigio”, “asquerosa”, “inútil, extranjera y difícil de escribir”, al punto que “afea todo cuando con ella se escribe”². Durante buena parte del siglo XIX estuvo desaparecida del *Diccionario de la Real Academia Española*, tal vez como expresión de un nacionalismo lingüístico muy propio de la época, que estaría detrás también de la decisión de la Real Academia de dar entrada en 1803 a la ñ, letra española por excelencia³. La irrelevancia de la k en nuestra lengua y su mala prensa en el mundo académico se han visto compensadas, sin embargo, por el valor simbólico que con frecuencia se le ha atribuido. Puede incluso que su carácter marginal haya potenciado su capacidad para representar fenómenos extralingüísticos, ligados al devenir histórico y a fuerzas sociales o políticas en conflicto. Unas veces fueron guerras internacionales, otras el antagonismo entre sectores ideológicos o entre grupos de opinión; el hecho es que la letra k no ha dejado de desempeñar una función simbólica cargada a menudo de un significado ideológico.

No resulta difícil entender ese protagonismo histórico a partir de las connotaciones que la acompañaban como fonema ajeno al castellano. De entrada generaba una polarización elemental entre lo nacional —identificado con Castilla y su lengua— y lo foráneo, lo castizo y lo moderno, lo tradicional y lo revolucionario. No obstante, una segunda polarización vino a modificar sensiblemente estos parámetros. Antes incluso del estallido de la Primera Guerra Mundial, que marca sin duda un punto de inflexión en su trayectoria histórica, la letra k había empezado a simbolizar los valores del mundo germánico, en alza desde la unificación alemana en 1871, identificados con un sistema autocrático, militarista e imperialista. De ahí esa “Kultura con k” a la que se refirió Unamuno ya en 1912, pensando probablemente en la *Kulturkampf* de Bismarck⁴. Era, sugiere don Miguel, un fenómeno típicamente germánico

² Cit. por Gregorio SALVADOR: *Sobre la letra “q”*. Discurso leído el 15 de febrero de 1987, en su recepción pública, por el Excmo. Sr. Don Gregorio Salvador Caja, y contestación por el Excmo. Sr. Don Manuel Alvar López, Madrid, Real Academia Española, 1987, pp. 11-12 y 38, n. 13.

³ *Ibid.*, pp. 15 y 40, n. 21.

⁴ DE UNAMUNO, Miguel: “Un postulado de sentido común español”, *Mundo Gráfico*, Madrid, 13 noviembre 1912. Vuelve sobre el tema poco después en su artículo “D. Quijote en la tragi-comedia europea contemporánea”, *La España Moderna*, núm. 288, diciembre de 1912 [cito por el texto de Gustavo Bueno Sánchez “Kultura con K”, comunicación presentada en el Coloquio *Ciencia y*

que se estaba empezando a extender por toda Europa como expresión de un agresivo imperialismo —de momento— cultural. La cuestión, sin embargo, no estaba del todo clara, así que, interpelado por otro autor de la época por esa extraña fijación suya por la “Kultura con k”, don Miguel le dio la siguiente explicación, que acabó de definir su posición:

“Cuando yo escribo Kultura con k mayúscula, quiero decir cultura a la alemana; y cuando la escribo con una modesta c minúscula, es una culturilla latina, superficial, inconstante, como la que por acá nos permitimos”.

Más adelante, ironizaba sobre la decadencia que venía arrastrando “nuestra vieja y caduca cultura con c minúscula” y el auge imparable de esa “juvenil y rozagante Kultura con K mayúscula” que se lo iba a llevar todo por delante y amenazaba incluso con cambiar de género el sol y la luna —*la sol, el luna*—⁵. La ironía no le resta trascendencia a esta broma ortográfica que la Primera Guerra Mundial consagraría como denuncia de la partición de Europa en dos bloques enfrentados: a un lado, la *cultura*, exponente de una tradición latina y mediterránea en franca retirada, también en los frentes; al otro, la *Kultura* como una avanzadilla de ese militarismo germánico que había enseñado ya los dientes en 1871 y que en el verano de 1914 se lanzó sobre Europa sin contemplaciones ni miramientos.

La derrota de Francia en 1871, la unificación alemana y el consiguiente protagonismo del nuevo Reich en la política internacional actuaron como desencadenantes de un cambio de paradigma cultural muy ligado a su vez al darwinismo social que imperaba a finales del siglo XIX. El uso simbólico de este fonema entraba, pues, en el siglo XX de la mano del debate sobre la decadencia de los pueblos del sur y el auge de los pueblos del norte, según lo expuesto por Lord Salisbury en un célebre discurso pronunciado en el Albert Hall de Londres en mayo de 1898. En los años previos a la Gran Guerra, la tesis iba ganando adeptos, a la espera del posible veredicto de las armas. De momento, la letra k marcaba la línea divisoria que permitía distinguir a los unos de los otros por su alfabeto, estableciendo como una frontera cultural y geográfica que, en el tránsito de uno a otro siglo, fijaba también una línea temporal: en

fundamentalismo científico. XXII Encuentros de Filosofía, 7-8 de abril de 2017: <http://www.filosofia.org/ave/002/b043.htm>].

⁵ DE UNAMUNO, Miguel: “La Kultura y la Cultura”, *Mundo Gráfico*, 26 febrero 1913 [cito por Gustavo Bueno Sánchez, *op. cit.*].

Europa occidental, los pueblos con futuro eran aquellos que usaban la k con profusión, al contrario que aquellas naciones “moribundas”, como las había llamado Lord Salisbury, que carecían de ella o la tomaban prestada de otras lenguas. El futuro se escribía con k.

En el caso español, se añadían además factores directamente relacionados con la crisis de fin de siglo. Por un lado, la derrota ante Estados Unidos en 1898, interpretada como síntoma inequívoco de una decadencia nacional en consonancia con lo que el destino reservaba a los países de tradición latina —es decir, sin k—. Por otro, la aparición del nacionalismo vasco, al que Sabino Arana dotó de una ideología reconocible, con una fuerte impronta racista y xenófoba, y de una organización política estable tras la creación en 1895 del Partido Nacionalista Vasco. La sobreabundancia de “kas” en el euskera, empezando por las palabras —en algunos casos neologismos— más representativas del ideario nacionalista, servía para subrayar el infranqueable abismo lingüístico que separaba a vascos y *maketos* —“la raza más vil y despreciable de Europa”⁶—. El propio Unamuno consideró la erradicación de la c y la apuesta por la k una decisión tomada por Sabino Arana y otros padres del euskera moderno más por razones ideológicas que filológicas⁷. Para el catedrático salmantino la cosa no ofrecía duda: la letra k, asociada indistintamente al nacionalismo sabiniano o al imperialismo alemán, era “antipática” y “antiespañola”⁸.

Todas estas circunstancias —Desastre del 98, nacionalismo vasco, darwinismo social— potenciaron su capacidad simbólica en España, inversamente proporcional a su importancia en nuestra lengua, como si entre lo uno y lo otro existiera una suma cero: a menor utilidad lingüística mayor simbolismo. El contexto era propicio a su inserción en el dolorido debate sobre los males de la patria y en la reacción casticista ante la decadencia nacional y el aislamiento internacional. Unamuno marcó y anticipó en gran parte los términos de la confrontación, aunque su recurso a la ironía le restara dramatismo a un conflicto, típicamente darwinista, sobre la vida y la muerte de los pueblos y las civilizaciones, con todo su equipaje cultural y simbólico. Con el estallido

⁶ ARANA, Sabino: *Bizkaitarra*, 7 de julio de 1895.

⁷ MONTAÑO MONTERO, Luisa: “Unamuno y Arana: La cara y la cruz del nacionalismo vasco”, *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 48, 2010, pp. 78-79.

⁸ Cit. por Jacques DE BRUYNE: “¿Hija natural o ‘enfant terrible’ del alfabeto español?”, *Revista de Filología Española*, LXIX, 1/2, 1989, p. 100, n. II.

de la Gran Guerra, esa polarización cultural se trasladará a los campos de batalla de forma por lo demás harto simplista, porque la guerra distó mucho de ser un choque frontal entre el mundo germánico y el latino, las autocracias centrales y las democracias occidentales, la k y la c. Esa visión reduccionista de la guerra no impedirá que surjan múltiples interpretaciones sobre los usos y significados de la letra, uno de ellos asociado a la idea de revolución, fenómeno ajeno, según los más conservadores, a las verdaderas tradiciones nacionales y que una letra extranjera como la k expresaría de forma insuperable. Si a finales del siglo XIX se distinguía ya entre *carlistas* [de don Carlos] y *Karlistas* [de Karl Marx]⁹, a principios del XX el semanario *Luz Católica* se descolgaba con un artículo apocalíptico, inspirado en una profecía de san Anselmo, anunciando el fin de la civilización cristiana en cuanto sus enemigos llevaran la letra k hasta los muros de Roma. Esa sería la señal de una invasión de los bárbaros que acaso se repita en el siglo XX con los mismos augurios y parecidos protagonistas. A largo plazo, ese será el significado que se acabe imponiendo: la k como “la letra revolucionaria por definición”¹⁰.

2. Evolución entre las dos guerras mundiales

Al final de su larga y tortuosa trayectoria, la letra llegará a desempeñar de forma significativa esa función subversiva que, a su manera apocalíptica, le atribuía *Luz Católica*. Pero en las primeras décadas del siglo representó, dentro y fuera de España, más bien lo contrario: la autocracia germánica, con su militarismo prusiano y su sentido estrictamente jerárquico de la sociedad y del Estado. La k era a la lengua alemana lo que el *Pickelhaube* —el célebre casco puntiagudo— al ejército de este país. El propio Guillermo II aunaba en su título de *kaiser* y en su habitual imagen con casco dos de los grandes símbolos de la Alemania imperial en guerra contra buena parte de Europa a partir de 1914. Antes incluso del comienzo de la conflagración, en un momento ya de fuerte tensión franco-alemana, la empresa Maggi había intentado cambiar en Francia la k de su marca de caldo concentrado Kub por una c menos comprometedor. Al no conseguir autorización para ello, Kub se convirtió durante la guerra en chivo expiatorio

⁹ Cit. *ibid.*, p. 108.

¹⁰ Véase la entrada “Letra k” [14 de agosto de 2012] del Diccionario sencillo de pensamiento político simple de Daniel TUBAU en wordpress: <http://wordpress.danieltubau.com/la-letra-k/>.

de la furia anti-alemana y la propia letra en símbolo del enemigo¹¹. Esta circunstancia explica la solicitud que un escritor francés, que se encontraba luchando contra los alemanes en el frente, dirigió en 1915 a la Academia Francesa para que la *k* fuera suprimida del alfabeto, por considerar que, además de superflua, era “un produit surtout germanique”¹².

La ocurrencia de este escritor tuvo un cierto eco en la prensa española, muy polarizada, a pesar de la neutralidad oficial, entre su apoyo a la Entente o a las potencias centrales. Así, el periódico liberal *El Globo* recogió la noticia sin atreverse a vaticinar la decisión que la Academia francesa adoptaría sobre el particular¹³. La cuestión encontraba en España el terreno abonado en los últimos años por Unamuno, que al poco de empezar la guerra escribió una carta a dos colegas franceses solidarizándose con “la vieille culture, d'origine gréco-latine, la culture avec un *c* minuscule, modeste, rond et de deux pointes”, opuesta a “la *Kultur* avec un *K* majuscule, rectiligne et de quatre pointes, comme un cheval de frise, la *Kultur* qui, selon les professeurs prussiens, a besoin de l'appui des canons”. Era la expresión de un tecnicismo deshumanizado, capaz de destruir ciudades como Reims, Lovaina o Malinas en nombre “d'une prétendue surhumanité”¹⁴. “Los herederos de Atila”, los llamará un colaborador del periódico aliadófilo *Heraldo de Madrid*: “Y pensar que esa gente, que está procediendo como está procediendo, alardeaba de su cultura, ¡única! —Cultura con *K*”¹⁵. El conservador José María Salaverría utilizaba en *ABC* este mismo recurso retórico —la *Kultura* como oxímoron— para denunciar los horrendos crímenes cometidos en el frente belga por un soldado del *kaiser*, “por un canalla, representante de la ‘kultura’ alemana”¹⁶. Para Ramón Pérez de Ayala, “lo que los alemanes denominan su ideal, su *kultura* [...], es

¹¹ KERVRAN, Perrine: “L’objet: Le Kub Maggi”, <http://sites.arte.tv/karambolage/fr/lobjet-le-kub-maggi-karambolage>, 31 de mayo de 2015.

¹² Carta de Henry de Forge a la Academia francesa, cit. por Rémy DE GOURMONT en *Les idées du jour*, París, Crès & Cie., 1918. La revista satírica *Le Rire* publicó poco después un artículo ironizando sobre la solicitud de Forge. El autor terminaba pidiendo no la prohibición de la letra *k* en francés, sino, por el contrario, que cuando Alemania fuera derrotada se la privara del uso de esta letra [“Une protestation”, *Le Rire*, 27 de marzo de 1915].

¹³ “La proscripción de la letra *k*”, *El Globo*, 12 de abril de 1915.

¹⁴ Carta de Miguel de Unamuno a Romain Rolland y René Morax, Salamanca, 9 de octubre de 1914; cit. por Gustavo BUENO SÁNCHEZ, *op. cit.*

¹⁵ Rafael: “*Heraldo* en Italia. La guerra ciega. Las intrigas. Impresiones de un corresponsal”, *Heraldo de Madrid*, 17 de octubre de 1914; cit. *ibid.*

¹⁶ SALAVERRÍA, José María: “Los belgas en Londres”, *ABC*, 22 noviembre 1914; cit. *ibid.*

incompatible con el ideal de la humanidad”.¹⁷ Periódicos aliadófilos como *El País* y *El Liberal* asociaron también *Kultura* y barbarie al dar cuenta de los tropelías perpetradas por los alemanes en el frente occidental, en ocasiones denunciando las oscuras complicidades que la *Kultura*, es decir, la autocracia germánica, tenía entre “las elevadas clases sociales de España”¹⁸. Alguna publicación conservadora y germanófila, dándose por aludida, llegará a reclamar a los “señores intelectuales, representantes de la intelectualidad anti-kultural”, considerándolos mayoritariamente partidarios de los aliados, “un poquito de cultura. Con k, o con c, da lo mismo”. Pero ya don Miguel de Unamuno, cuya autoridad en la materia nadie discutía, había dejado claro que no daba ni mucho menos lo mismo el uso de una u otra letra: él escribía “Kultura con K mayúscula, para distinguirla de la cultura con c minúscula –o sea de la civilización”¹⁹.

De todas formas, aunque Unamuno pudiera sentirse pionero en un debate que tenía algo de sátira costumbrista, la crítica de la *Kultura* como epítome del imperialismo germánico era también muy frecuente fuera de España, sobre todo tras el estallido de la Gran Guerra. En noviembre de 1914, dos años y medio antes, por tanto, de la entrada de Estados Unidos en el conflicto, *The New York Times* dedicaba un artículo a explicar la diferencia entre *Kultur* y *culture*, tal como esta última se entendía en el mundo latino y británico²⁰. El recrudecimiento de la guerra, los ataques alemanes a buques norteamericanos y el progresivo alineamiento de Estados Unidos del lado de la Entente llevarán a un uso cada vez más frecuente de la expresión para denunciar los crímenes de la “incorregible Alemania”, que hacía de su *Kultur* una cínica coartada de su barbarie²¹. La expresión hizo fortuna asimismo en la prensa británica, que la utilizará masivamente durante los años de la conflagración. Un periódico escocés llegará a hablar de la “batalla entre la c y la k” durante la guerra y a explicar el particular significado que la palabra *Kultur* tenía en alemán²². La diferencia en el caso español estriba en la existencia de un sector de opinión, situado en general en la extrema derecha, que se identificó con las

¹⁷ PÉREZ DE AYALA, Ramón: “Carta abierta”, *Mundo Gráfico*, 23 de enero de 1915; cit. *ibid.*

¹⁸ *El Motín*, 3 de junio de 1915; cit. *ibid.*

¹⁹ “De la semana”, *Renovación Española*, 5 de febrero de 1918, y MIGUEL DE UNAMUNO: “Mis paradojas de antaño”, *Mundo Gráfico*, 25 de agosto de 1915; cit. *ibid.*

²⁰ “Culture vs Kultur”, *The New York Times*, 8 de noviembre de 1914.

²¹ “The Spectacle of Incurable Germany”, *The New York Times*, 26 de agosto de 1917.

²² “Kultur and Culture”, *Dundee Evening Telegraph*, 11 de enero de 1915.

potencias centrales y con los valores que supuestamente representaban, desde el militarismo hasta el imperialismo. Esa polarización de la opinión pública y de la clase política entre aliadófilos y germanófilos es la que convirtió a la *Kultura*, y en general a la letra k, en un indicador ideológico explotado por los sectores más liberales para estigmatizar a sus adversarios. Se ha apuntado asimismo que en su etapa germanófila Pío Baroja habría recurrido frecuentemente al uso de la k para dar rienda suelta a sus sentimientos de aquellos años²³. Identificada con una causa considerada inhumana y retrógrada, la k siguió arrastrando su mala prensa en los años de la posguerra mundial. “Letra cenicienta”, la llamará un periodista en 1923, representativa de “un papel pangermanista que no a todos les podrá gustar”. De ahí la campaña que en este mismo artículo se atribuía a un escritor español a favor de su “rehabilitación”²⁴.

El hecho de que España hubiera permanecido neutral durante la Gran Guerra favorecía sin duda el tratamiento satírico del asunto, por un lado restándole un punto de dramatismo y por otro haciendo hincapié en su valor simbólico. El propio Unamuno recordará años después haberse permitido en aquellos tiempos “no pocas bromas acerca de la *Kultura*, con K”²⁵. Es innegable en todo caso la existencia de un trasfondo ideológico que el ascenso de Hitler al poder en 1933 puso de manifiesto de una forma exacerbada. El nacionalsocialismo, surgido del resentimiento contra los aliados y del deseo de darle la vuelta al desenlace de la Gran Guerra, fue plenamente consciente del *cleavage* representado por la *Kultur* y la *civilisation*, por la k y la c. En marzo de 1923, diez años antes de convertirse en ministro de Propaganda del III Reich, Joseph Goebbels ya había consignado en su diario la existencia de una yuxtaposición tajante entre “la cultura [*Kultur*] y la civilización, Dios y el diablo, el Bien y el Mal”²⁶. Así pues, la k recibió en los años treinta un nuevo espaldarazo como símbolo del militarismo germánico en su versión más agresiva, que en la Guerra Civil española dio lugar a una reaparición del viejo oxímoron de la *kultura* alemana, denunciada por la prensa republicana con ocasión sobre todo de los bombardeos sobre población civil. “Cultura con ‘k’ alemana”, dirá el periódico *La Voz*, era lo que había sufrido Madrid a principios

²³ DE BRUYNE, Jacques: *op. cit.*, p. 115, n. 49.

²⁴ “A favor de la letra ‘k’”, *Las Provincias*, 15 de marzo de 1923.

²⁵ DE UNAMUNO, Miguel: “La cruz y la media luna”, *Caras y Caretas*, 12 noviembre 1921, cit. por Gustavo Bueno Sánchez, *op. cit.*

²⁶ GOEBBELS, Joseph: *Journal, 1923-1933*, París, Tallandier, 2015 [ebook]; entrada del 20 marzo de 1923.

de diciembre de 1936, cuando la aviación enemiga estuvo a punto de destruir el Museo del Prado y la Biblioteca Nacional. El tema dejaría un cierto rastro en la publicística de la izquierda en los años siguientes, visible, por ejemplo, en una declaración del Partido Comunista de 1954 contraria a la “kultura” franquista, heredera —se sobreentiende— de la barbarie nazi²⁷. Aunque fue la izquierda principalmente la que usó la k como elemento definitorio de la Alemania hitleriana, los partidarios de esta última tampoco se privaron de recurrir a esa elemental asociación alfabético-ideológica. Uno de ellos, un miembro de la División Azul que evocará años después su vida en el frente ruso, se referirá a los responsables de la propaganda alemana en su sector como miembros de la “Kompañía —con k— de propaganda“, formando así un extraño híbrido hispano-alemán [compañía con k y ñ] que parecía la traducción ortográfica de la alianza militar entre el III Reich y la España de Franco²⁸. Fue probablemente su prestigio como símbolo germanófilo y eventualmente pronazi lo que llevó al escritor y policía ultraderechista Mauricio Carlavilla a adoptar el seudónimo de Mauricio Karl, con el que firmó desde los años treinta la mayoría de sus obras, como *El comunismo en España* [1932], *El enemigo. Marxismo, anarquismo, masonería* [1934] o *Asesinos de España* [1935]. Frente al purismo lingüístico que cabría suponerle, al menos un sector de la extrema derecha española se dejó seducir por esa suerte de internacionalismo autoritario representado por la k.

Pero la letra despertó también la suspicacia de la derecha, principalmente por su vinculación con el nacionalismo vasco, señalada ya por Unamuno a finales del siglo XIX. En 1933, un colaborador de *ABC*, de viaje por el País Vasco, expresaba su perplejidad por el agitado ambiente político que se había encontrado en plena campaña nacionalista a favor de la autonomía. Le llamó especialmente la atención un cartelón de propaganda política, fijado en una pared, escrito “en letras muy grandes, blancas, con muchas *kaes*”. En otros lugares le sorprendieron multitud de anuncios y letreros en euskera, sin significado político, muchos de ellos “con un enorme derroche de la letra *k*, que yo no sé qué hace todavía en nuestro vocabulario”²⁹. Se estaba abriendo paso, de momento tímidamente, una interpretación alternativa a su simbolismo, circunscrito durante

²⁷ Las dos citas en Gustavo BUENO SÁNCHEZ, *op. cit.*

²⁸ Cit. por Jacques DE BRUYNE, *op. cit.*, p. 101.

²⁹ SASSONE, Felipe: “¡Thalassa!”, *ABC*, 11 de agosto de 1933.

décadas a la Alemania nacionalista y militarista en su doble versión guillermina y hitleriana, que un sector de la derecha española tomó como modelo frente al desplome de la “civilización” liberal. La letra tenía, sin embargo, un enorme potencial como símbolo del comunismo soviético, cuyo lenguaje aparecía profusamente salpicado de “kas”: *Komintern, nomenklatura, kalashnikov, Kremlin, komsomol, cheka*... Esta última palabra daría título a una célebre novela del escritor falangista Agustín de Foxá sobre el Madrid republicano justo antes y después del estallido de la Guerra Civil. Es curiosa la mutación que sufrió el título desde su primera edición en 1938. *Madrid de corte a cheka* se convirtió con el paso del tiempo en *Madrid de corte a checa* [ed. de 1962 y siguientes], renunciando al naturalismo alfabético presente en el título original para adaptarse a un normativismo lingüístico que desplazaba la culpa histórica del enemigo exterior [ruso] al enemigo interior [comunista]. La evolución del título de la obra de Foxá se inscribe en —y tal vez se explica por— la travesía del desierto que la letra inició tras la II Guerra Mundial, en un proceso en el que fue perdiendo sus viejos atributos y adquiriendo otros nuevos o desarrollando significados que hasta entonces había contenido solo de forma incipiente.

3. Una larga transición

La derrota del III Reich en la II Guerra Mundial y la aparición de una nueva Alemania desnazificada y democrática, plenamente integrada en el mundo occidental, afectaron de lleno al estereotipo alemán ligado al imperialismo, a la autocracia y en última instancia al nazismo. Durante algún tiempo, la letra perdió en España una buena parte de su función simbólica, aunque se pudieran encontrar referencias esporádicas, más bien banales, a la famosa “kultura con k”, incluso entrado el siglo XXI. Mientras tanto, el simbolismo de la letra fue cambiando de argumentos y contenidos. Una de las líneas interpretativas más antiguas, aquella que la tachaba de extranjerizante y corruptora, reapareció en 1966 en un artículo de Salvador de Madariaga titulado “¿Vamos a Kahlahtahyood?”, en el que ironizaba sobre la contaminación del castellano por el empuje de otras lenguas, el inglés sobre todo, y la abdicación de quienes deberían defender la pureza de la nuestra. El ensayo, casi un divertimento, podría considerarse sintomático de un nacionalismo cultural muy arraigado en el mundo del exilio republicano, del que el autor era figura prominente. Pero el artículo iba mucho más allá

de expresar un casticismo a la defensiva, que por el tono del autor tenía algo también de autoparodia. Además de “antagónica al espíritu del castellano”, la k se había convertido en “símbolo de separatismo”, principalmente de origen vasco³⁰. Este sería el verdadero punto de inflexión, tempranamente advertido por Madariaga, en el recorrido simbólico de la letra, que a partir de los años setenta evolucionará de forma imparable hacia la representación de movimientos políticos y sociales, identidades colectivas y estados de opinión contrarios a la idea de España y en muchos casos a la democracia instaurada tras la muerte de Franco.

La asociación con el nacionalismo vasco no era, como se ha visto, ni mucho menos nueva, pero la irrupción de ETA en el panorama nacional, sobre todo tras sus primeros asesinatos a finales de los años sesenta, amplió y agravó la carga simbólica de la k. No se trataba solo de su relación con el viejo nacionalismo sabiniano y con su fobia contra “Maketania”, sino del doble salto cualitativo que en el simbolismo de la letra representaba su identificación con la actividad terrorista de ETA y con la ideología supuestamente revolucionaria que la sustentaba. Esta mezcla explosiva de maoísmo, trotskismo e irredentismo vasco creó un lenguaje y un imaginario específicos en los que la k pasó a ocupar un lugar destacado como integrante de algunas de las voces y expresiones más características del mundo *abertzale*: *kale borroka*, *presoak kalera*, *txakurra*, *kanpora*, *herriko taberna*, *ekintza*, *askatu*, *Alternativa Kas...* La k formará parte en definitiva de una violencia simbólica complementaria del terrorismo etarra, que un sector de la extrema izquierda española hará suya en su justificación o comprensión de la “lucha armada”. Paralelamente, la puesta en marcha de la autonomía vasca impulsó un fuerte proceso de institucionalización del nacionalismo como ideología dominante, patente en la generalización de la k como seña de identidad nacional —*Euskadi*, *euskera*, *euskaldun*, *ikastola*, *ikurriña*, *Euskal-Herria...*, palabras que se habían hecho habituales en textos escritos en castellano— y en la marginación de la c y de la q —y en otro registro de la v— como expresión de una cultura intrusa que debía ser erradicada. El filólogo Gregorio Salvador contaría en su discurso de ingreso en la RAE, leído en febrero de 1987, el caso de un comunicante desconocido, vecino del País Vasco, que se dirigió a él para exponerle la tergiversación nada accidental que había sufrido su apellido en una citación oficial: de Quintana a *Kintana*. El propio académico se haría eco de la

³⁰ Cit. por Jacques DE BRUYNE, *op. cit.*, p. 100.

pesadumbre del catedrático de Historia Medieval Miguel Ángel Ladero por la decadencia de la *k* “en estos tiempos de barbarie dominados por la *k*”³¹.

La resemantización de esta letra como vehículo de un radicalismo político antisistema, no solo en el País Vasco, se produjo ya en los años ochenta, en gran medida por la fascinación que el terrorismo etarra empezó a producir en un sector creciente, pero todavía muy minoritario, de la izquierda española, atraído por aquello que veía como una respuesta “combativa” al statu quo establecido por la transición democrática. Era el resultado del declive del gobierno socialista de Felipe González, de la implosión del viejo PCE y de la aparición de una izquierda desligada del pacto constitucional de la transición y tentada por una supuesta épica política que no descartaba la violencia. Síntoma de esa radicalización, que contaba con un fuerte componente generacional, fue el protagonismo que asumió el llamado “Kojo Manteka” [Jon Manteca] en los disturbios estudiantiles de enero de 1987 contra la reforma educativa emprendida por el ministro socialista Javier Solana. Su imagen, plasmada en fotos y vídeos, destrozando con una de sus muletas el mobiliario urbano próximo al Banco de España trascendía con mucho el sentido de aquellas movilizaciones estudiantiles. Su origen vasco [había nacido en Mondragón], su juventud [tenía entonces veinte años], su estética entre punk y ácrata [llevaba una  dibujada en la parte de atrás de la cazadora] y el hecho de descargar su ira junto a la sede del Banco de España parecían piezas complementarias de un extraño puzle, en el que el radicalismo vasco, el desencanto juvenil y el rechazo al orden político y económico encajaban a la perfección. De ahí el impacto mediático del “Kojo Manteka” y algunas de las interpretaciones que entonces se hicieron de su caso. Aunque su nombre desapareció muy pronto de los medios, todavía un cuarto de siglo después se le recordaba como pionero de un estilo de lucha inclasificable en términos ideológicos, si acaso vagamente ácrata, pero reconocible por una actitud violenta que habría de inspirar un modismo de uso creciente a partir del cambio de siglo: “Dar kaña”³². La *k* reforzaba esa pulsión destructiva, marcadamente nihilista, que empezaba por quebrantar las convenciones de la lengua —especialmente, de la española— y pretendía llevárselo todo por delante.

³¹ SALVADOR, Gregorio: *op. cit.*, pp. 14-15.

³² “Entre el Cojo Manteca y José Bové”, *ABC*, 21 de junio de 2002.

Mientras tanto, hacía su aparición otro fenómeno que había confluído con el terrorismo etarra en la configuración de una subcultura política antisistema: el movimiento *okupa*, conocido como *squatting* en otros países, y también en España en un primer momento. La transición léxica debió de producirse a finales de los años ochenta. En mayo de 1988, el diario ABC informaba de la celebración de una “manifestación de ‘squatters’” en Madrid concluida con la ocupación de una vivienda en Vallecas. El término inglés aparecía tanto en el titular como en el texto del artículo, pero al referirse al origen del acto la autora de la pieza aludía a la “Manifa por la Okupa” —entre comillas, como expresión de los convocantes— promovida por distintas organizaciones. Durante la manifestación se corearon consignas contra España y la Guardia Civil y el grito “Todos a una / gora Euskalduna”³³. En un registro menos anecdótico que el caso del “Kojo Manteka”, pero con un significado similar, la “Manifa por la Okupa” aunaba radicalismo vasco, anticapitalismo, violencia callejera y fobia antiespañola, patente en la doble mutilación lingüística infligida al enunciado de la convocatoria y en la sustitución de la c por la k, convertida en símbolo antisistema. Dos años después, un colaborador del mismo periódico conservador se quejaba de la existencia en una plaza del centro de Madrid de “unos profesionales de la ocupación y la suciedad –partidarios todos de la letra k, aunque no sepan por dónde cae en el índice alfabético”³⁴.

La adopción de la k como emblema de su causa era fruto de una decisión consciente, que permitía establecer una línea divisoria entre los *okupantes* y los *ocupados*, si bien en la mayoría de los casos el espacio *okupado* se encontraba deshabitado. Se trataba por tanto de un acto de fuerza perpetrado más contra el sistema que permitía la existencia de viviendas o locales improductivos que contra los propietarios o usuarios de ese espacio. El acto suponía en sí mismo una impugnación de la propiedad privada, o de la propiedad a secas, y una defensa del uso colectivo [o *kolektivo*] de un bien social. No es de extrañar por ello que una de las primeras *okupaciones* que tuvieron lugar en Madrid fuera protagonizada por el Kolektivo Adelfas Joven [KAJ]³⁵. Era de nuevo la batalla entre la k y la c, pero con un significado completamente distinto del que había tenido a principios de siglo. A finales de los ochenta, el fenómeno se había extendido

³³ “Una manifestación de ‘squatters’ acaba en una ocupación ilegal”, ABC, 21 de mayo de 1988.

³⁴ “Orden en las cosas”, ABC, 9 de julio de 1990.

³⁵ https://es.wikipedia.org/wiki/Centro_Social_Seco.

notablemente, aunque el término distaba mucho aún de haberse integrado en el lenguaje común. “Una treintena de jóvenes de la comarca del Baix Llobregat, que se autodenominan *okupas*”, podía leerse en una información de *La Vanguardia* publicada en septiembre de 1989, “están viviendo desde el pasado día 3 en una masía que desde hace quince años permanece deshabitada”³⁶. El fenómeno se popularizó rápidamente a partir de finales de los años ochenta, dentro y fuera de España, con un punto de inflexión en 1990, a tenor del flujo de noticias que generó en la prensa española. De todas formas, todavía en 1992, al escribir *okupas*, un periodista se sintió obligado a definirlos como “ocupantes de viviendas, en la jerga juvenil”³⁷.

En el fondo no era más que la versión española del movimiento *squatting*, con amplia presencia en los más diversos países, sobre todo occidentales, y una ideología difusa dentro de una izquierda alternativa y juvenil, con raíces anarquistas, prácticas autogestionarias y postulados utópicos, de vuelta a un cierto comunismo primitivo, aunque mayoritariamente urbano. Su lucha se legitimaba no solo por la pureza de sus propios ideales, sino por los efectos perversos de la especulación inmobiliaria y del capitalismo financiero, que privarían a los más jóvenes y a los más desfavorecidos de su derecho a una vivienda digna. El hecho diferencial español radicaba en la eficacia publicitaria de la k de *okupa*, apócope inexistente en ninguna otra lengua, al que se añadía el significado transgresor de la k en sustitución de la c: “A mí lo que me gusta es la palabra”, escribía a mediados de los años noventa un profesor de geografía en un libro académico, “y lo importante es que sea contundente y que defina bien las cosas. Una palabra como *ocupa-okupa*, con k para añadir más radicalidad, define perfectamente lo que es el acto [de okupar]”³⁸. Tal era, efectivamente, su principal seña de identidad, y de ahí su presencia, cuanto más forzada mejor, en el nombre de algunos de estos grupos y centros: *Eskalera Karakola*, *Kasa de la Muntanya*, *La Kondenada*, *La Indiskreta*, *El Kasalet*, *La Casika*, *La Bankarrota* o el *Kolectivo de Okupantes de la Kasa de Amparo [KOKA]*, creado en Madrid en 1985³⁹.

³⁶ “Jóvenes en casa ajena”, *La Vanguardia*, 14 de septiembre de 1989.

³⁷ “Cuarenta okupas se atrincheran en Horta”, *La Vanguardia*, 3 de noviembre de 1992.

³⁸ Vicente M. ORTELLS, en un debate incluido en el libro *Las ciudades españolas a finales del siglo XX*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1995, p. 122.

³⁹ https://15mpedia.org/wiki/Lista_de_centros_sociales_okupados, y “Movimiento ‘okupa’: 30 años de lucha urbana contra la economía de mercado”, *Público*, 31 de mayo de 2015.

No muy lejos del movimiento okupa se encontraba el grupo ultra *Bukaneros*, peña futbolística de aficionados del Rayo Vallecano, fundada en la temporada 1991-92 con intención de “crear un foco de animación antifascista en el Estadio de Vallekas”. La idea, según la propia peña, “era clara: Rayo, Clase Obrera y Antifascismo”⁴⁰. A ello se añadían una cierta mística de la violencia, característica de este tipo de grupos, y un espíritu de fraternidad juvenil y barriada popular que lo aproxima a la ideología del movimiento okupa, con su estética grafitera y su uso recurrente de la k. Pero frente al carácter cosmopolita del *squatting*, *Bukaneros* encarna una izquierda radical que reivindica su barrio [*Vallekas*] como factor de identidad y un linaje proletario [“Rayo Vallecano: Orgullo de la clase obrera”] visible en el imaginario y la simbología *bukanera*: la bandera tricolor republicana, la roja con la estrella de cinco puntas o con la hoz y el martillo, la épica antifascista y frentepopulista de los años treinta y hasta la poesía de Miguel Hernández [“No cesará este Rayo que me habita”]⁴¹.

Los años noventa consagran, pues, el gran vuelco histórico en la trayectoria simbólica de la k, que pasó de la *kultura* a la *kontrakultura*, de la derecha germanófila y militarista a la izquierda revolucionaria próxima a la “lucha armada”. Así lo constata, a principios ya del nuevo milenio, el académico Francisco Rodríguez Adrados: “Esa desgraciada letra k, que era una inocente letra griega [...], resulta que es subversiva”⁴². Su deriva hacia la “akracia” no impidió que mantuviera sus lazos con el mundo *abertzale* en el País Vasco, donde seguía llamando la atención a cualquier observador foráneo la omnipresencia de la k como elemento identitario y combativo⁴³. En palabras de un politólogo francés, la “utilisation massive de la lettre k” en la jerga *abertzale* ilustraba hasta el absurdo el rechazo al orden gramatical español mediante una violencia simbólica que complementaba y legitimaba la violencia física del terrorismo. Su función, lo mismo que la de otros componentes de ese lenguaje, desde el vocabulario hasta la caligrafía, consistía en crear “un système linguistique spécifique” que pusiera de

⁴⁰ <http://bukaneros.org/historia/>

⁴¹ <https://twitter.com/bukaneros92/status/846656925072855040>

⁴² RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco: “El nuevo léxico español”, *ABC*, 16 de septiembre de 2004.

⁴³ “Una ardorosa juventud nacionalista dispuesta a dar o quitar la vida por su Patria en la flor de la edad, el turismo mortífero por España, la clandestinidad de las organizaciones ilegalizadas, la hegemonía de la letra k, atentados y algaradas, el desprecio de la política institucional y el desbordamiento del Estatuto de Autonomía, la conciencia de ser unos abanderados de la revolución nacional, las fiestas combativas... Y el Miedo por doquier”; HERNÁNDEZ, Luis Arturo: *En torno a la plaza del Castillo*, 2001, <http://www.espacioluke.com/2002/Septiembre2002/quinta.html>).

manifiesto “l’opposition irréductible entre les deux communautés”, la nacionalista y la no nacionalista⁴⁴. Frente a la sociedad abierta de la democracia, se trataba en definitiva de establecer una comunidad cerrada en la que el lenguaje, más que la lengua, actuaría como frontera infranqueable.

Con el cambio de milenio, el relevo generacional en la izquierda española, la mayoría absoluta de José María Aznar en el año 2000 y las movilizaciones populares contra la guerra de Irak revalorizaron la calle, frente a las instituciones, como el espacio democrático por excelencia, el lugar en el que supuestamente residía la verdadera soberanía popular, antes de ser contaminada por el poder y su lenguaje. Esta circunstancia favoreció el contacto entre esa nueva izquierda emergente y una grafía callejera y en ocasiones grafitera que tenía en la k su principal exponente. La nueva línea divisoria separaba nítidamente dos espacios enfrentados: la calle [o *la kalle*] y las instituciones. El regreso de la izquierda al poder en 2004, con la victoria electoral del PSOE, supuso un cierto reflujó en la tendencia de los últimos tiempos a una concepción populista de la política, desligada de la democracia representativa. Pero la tendencia no desapareció del todo. Un año después de la llegada de Zapatero al gobierno, al cumplirse el primer aniversario de los atentados del 11-M, una pintada junto a la Estación de Atocha planteaba con toda crudeza la idea de una polarización entre el pueblo y las instituciones simbolizada una vez más como un conflicto entre la c, ajena al lenguaje popular, y la k: “Bombas en el Kongreso. El pueblo no es kulpable”⁴⁵.

4. La apoteosis de un símbolo

“¿Sospecha usted por qué los jóvenes de este país escriben cultura con k?”, se preguntaba un autor en 2004. “Les parece más radikal. También es una forma de darle un vuelko a la kultura oficial”⁴⁶. No solo la letra en sí, sino la “kultura con k” había acabado de “darle un vuelko” al que había sido su significado primigenio en vísperas de

⁴⁴ CRETTEZ, Xavier: “La violence symbolique subie comme mode de légitimation de la violence politique exercée: Le cas de l’ETA basque”, *Labyrinthe*, 2, 1999 [cito por el blog del autor: http://xaviercretiez.typepad.fr/diffusion_du_savoir/violence_symbolique_et_physique_lexemple_basque/].

⁴⁵ Cit. por Zafeiria MITATOU: *El componente cultural en el aula de ELE para estudiantes con lengua materna griega*, tesis doctoral presentada en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid, 2013, p. 125.

⁴⁶ Artículo publicado en la revista *Tiempo de Hoy*, núm. 1130-1131, 2004, pp. 97 y 183; cito por el trabajo de Gustavo BUENO SÁNCHEZ, *op. cit.*, que no da el nombre del autor.

la Primera Guerra Mundial. Un siglo después, nada permitía asociar ni la k ni la *kultura* con el mito germánico, positivo o negativo, a gusto del consumidor, de una Alemania autocrática y dominadora. Sin embargo, al cabo de ese largo recorrido histórico, el simbolismo de la k conservaba en gran medida su vieja asociación con la violencia, antaño militarista, ahora terrorista y callejera, como si su presencia en nuestra lengua resultara tan antinatural que solo pudiera ser fruto de una agresividad fuera de lo común, inherente a la propia letra.

En los años siguientes, en torno a 2010, se produjeron dos fenómenos que reforzaron su significado juvenil, contestatario, subversivo y/o populista. Por un lado, la generalización del uso de las redes sociales, sobre todo entre los más jóvenes, imponiendo una economía de lenguaje que hizo de la q —“tan nuestra y tan latina”, en palabras de Gregorio Salvador—⁴⁷ la gran sacrificada y de la k la principal beneficiaria de este cambio a la vez tecnológico, social y generacional. Por otro, la crisis económica desencadenada en Estados Unidos a finales de 2007, cuyos efectos se hicieron notar en España a partir sobre todo de 2009, con un fuerte impacto entre las clases medias y los más jóvenes. De ahí el protagonismo de los universitarios, condenados en muchos casos al paro o a un trabajo precario, en la actuación de los nuevos movimientos sociales y la eficacia con la que estos sectores utilizaron el lenguaje y los medios de comunicación en su revuelta contra el sistema. Tanto el Movimiento 15-M como posteriormente Podemos desarrollaron un lenguaje transgresor, próximo a la *kultura* del gueto y del grafiti, que se propagó rápidamente a través de la televisión y de las redes sociales. El 15-M contaba además con su propio portavoz televisivo, el canal Tele K, puesto en marcha en 1992 en el barrio madrileño de Vallecas y entre cuyos programas figuraron *Todo por la Causa*, *Agenda Okulta* y *La Tuerka*, emitido desde 2010 y presentado en sus primeras temporadas por Pablo Iglesias. Un año después, el 15-M, en el que participaba el propio Iglesias, daba forma a un amplio estado de opinión frente a la crisis y sus responsables, una *casta* política y financiera identificada con unas instituciones que carecían de toda legitimidad [“¡No nos representan!”, “¡Democracia real, ya!”]. Los llamamientos a rodear y “okupar/ocupar” el Congreso de los Diputados, similares a los realizados por *Occupy Wall Street* en Estados Unidos, respondían a la lógica asamblearia y al rechazo frontal de la democracia representativa por parte de un movimiento que, sin embargo, constituido

⁴⁷ SALVADOR, Gregorio: *op. cit.*, p. 32.

en un nuevo partido [Podemos], acabó formando parte de las instituciones gracias a sus buenos resultados electorales a partir de 2014. Tanto Podemos como especialmente algunos de sus socios y “confluencias” mantuvieron estrechos vínculos con las plataformas antidesahucio y, en menor medida, con el movimiento okupa y con el independentismo vasco, con los que habrían compartido enemigos y lenguaje. De esos vínculos y de la matriz vallecana de Podemos procedía seguramente su atracción por las propiedades taumatúrgicas de la k.

El prestigio de esta letra no ha dejado de crecer en los últimos años entre los adversarios del llamado “régimen del 78”, aunque su presencia se haya reducido probablemente en el lenguaje de quienes pasaron en poco tiempo de *La Tuerka* a la tribuna del Congreso. El radicalismo de un grupo político, social o de opinión se puede medir en gran medida por el mayor o menor uso de ella, por más que su poderoso magnetismo alcance a veces a prominentes figuras del *establishment* mediático y cultural. Así, el director adjunto de *La Vanguardia*, Enric Juliana, llegaba a atribuirle un valor analítico, más que simbólico, al considerar “el factor k” [k de Katalonien, aclaraba] la clave del bloqueo político en España⁴⁸. No es extraño que, poco después, el propio Pablo Iglesias se hiciera eco del artículo de Juliana al explicar en televisión la influencia decisiva que “el factor k” estaba teniendo en la política española⁴⁹. Mucho más habitual que estos sofisticados juegos de lenguaje será su tosca utilización como arma arrojada contra el adversario. Así ocurre con la expresión “Kaña a España”, que ha contado con notable predicamento en el mundo *abertzale* y que aúna desde el viejo odio sabiniano a “Maketania” hasta la pulsión nihilista de una violencia xenófoba o la polarización k/ñ como ejemplo de un antagonismo irresoluble entre los usuarios de una y otra letra.

Ese insólito bucle dibujado por la k a lo largo del último siglo no excluye la existencia de algunos elementos recurrentes, que se repiten en coyunturas y discursos políticos completamente distintos, ya sea su asociación con la violencia o su conexión con el nacionalismo vasco. Se entiende que el mundo *abertzale*, al unir lo uno y lo otro, haya sido un poderoso difusor del prestigio/desprestigio de la k en el debate político español. No se aprecia apenas, en cambio, un nexo significativo con el comunismo soviético, con el que hubiera sido fácil relacionarlo tras el declive del mito germanófilo y

⁴⁸ JULIANA, Enric: “Catalunya [sic] es el factor que impide desbloquear la política española”, *La Vanguardia*, 11 de septiembre de 2016.

⁴⁹ <https://www.youtube.com/watch?v=ECSI2pcfjqY>

germanóphobo de la primera mitad del siglo XX. Palabras como *Komintern*, *Kremlin* o *nomenklatura* hubieran podido, sin duda, propiciar un discurso antisoviético ligado a la k. Más allá del caso de *Madrid de corte a cheka*, la novela de Agustín de Foxá, nada indica tal cosa, seguramente porque el comienzo, a mediados de los ochenta, de su edad dorada como símbolo revolucionario coincidió con el final, nada glorioso, de la Unión Soviética. Conectaba mucho mejor con la tradición ácrata de la izquierda, pese a que, excepcionalmente, un comentarista anónimo de un acalorado debate entre Esperanza Aguirre y Pablo Iglesias estableciera una oscura conexión entre Podemos y la antigua URSS: *tuerka* se escribe “con k, como Kremlin o nomenklatura”⁵⁰.

“Allá donde aparezca una c o una q con sonido k, cámbiela”, recomendaba un autor en agosto de 2012: “*Kaos, anarkía, okupación, kultura, kontrakultura*”⁵¹. Su trayectoria desde aquellos tiempos lejanos de la “kultura con k” muestra una sorprendente capacidad de mutación y supervivencia. Un siglo después, su mera presencia en una palabra basta para connotarla de reivindicativa y contestataria, por inocente y apolítica que sea —*tuerka*, por ejemplo—. Nacida como símbolo en una época en que triunfaba el darwinismo social, puede que su versatilidad y su espíritu depredador, insinuado por sus detractores, expliquen su excelente adaptación a tiempos muy diversos, y que su escasa utilidad en nuestra lengua le haya permitido especializarse en una función simbólica en la que no tiene rival —ni siquiera la ñ— en el alfabeto español.

⁵⁰ <http://ecoteuve.eleconomista.es/programas/noticias/5954785/07/14/Las-10-mejores-frases-de-Esperanza-Aguirre-en-su-discusion-con-Pablo-Iglesias.html>

⁵¹ <http://wordpress.danieltubau.com/la-letra-k/>